

La propuesta de la paz en la Ibero. Interpretación personal de un sueño

Pérez Darías, César

2015-03-12

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/443>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

LA PROPUESTA DE LA PAZ EN LA IBERO Interpretación personal de un sueño

César Pérez Darías*

Antes de iniciar esta lectura, quiero agradecer la oportunidad que me han dado de dirigirme a ustedes en un momento tan especial para la Ibero Golfo Centro, ya que estamos celebrando quince años de sueños compartidos. En esta celebración nuestra universidad dedica este año a contribuir, desde la actividad que le corresponde, a la búsqueda de una paz digna e incluyente para México.

Pero ¿qué tiene que ver la Ibero en un problema como la paz? ¿Qué tenemos que ver profesores, alumnos y personal administrativo con la paz? ¿Cuál paz? ¿La paz de quién? ¿La paz en dónde?

Me gustaría empezar a buscar algunas respuestas tentativas desde la subjetividad del ser humano. Desde aquél al que veo a diario, que entra al cubículo a exponer dudas, a plantear problemas e incluso a quejarse; respuestas desde la subjetividad de aquel que llega y cuenta un chiste y se burla de la vida diaria, de la política o del comercio mundial; o desde ese ser al que no le preocupa nada, porque lo tiene todo resuelto... o al menos eso cree.

Pienso que nuestra universidad es un recinto donde se viene a estudiar, a preparar a una parte de la sociedad para su inserción en la vida laboral. Pero no sólo es eso. También la veo como un lugar donde se nos estimula a compartir sueños, una visión de futuro.

Creo que todos soñamos o hemos soñado con lo que seremos más adelante, o en el cómo o en el dónde estaremos dentro de algunos

* Profesor de tiempo en el Área de Servicio Social, UIA-GC.

años. Siempre soñamos algo y ese algo tiene que ver con el futuro, ya sea cercano o lejano.

Los jóvenes seguramente cuentan entre sus sueños el terminar la carrera y abrir una oficina en la que serán los jefes; o en entrar a trabajar a una gran empresa, en un puesto donde tomarán decisiones importantes; sueñan con ganar dinero suficiente para continuar viviendo como hasta ahora y mejorar. El sueño es mejorar esa vida de la que ahora gozan como estudiantes.

Los profesores soñamos, entre otras cosas, que nuestra labor docente influya de alguna manera en el desarrollo personal de cada uno de los muchachos y muchachas que pasan por las aulas; en que salgan bien preparados para enfrentar los retos que se les presentarán en su nueva vida y que sean cada día mejores mexicanos. Además, si atizo el fuego del ego, podría asegurar que todos los profesores soñamos con que los estudiantes nos recuerden con cariño al paso de los años. ¡Ojalá suceda!

El personal administrativo y de apoyo también sueña. Tal vez con que cada alumno, profesor o persona que nos visita notemos ese trabajo de hormiga que cotidianamente realizan y que no siempre se ve; seguramente sueñan que todos estamos satisfechos por los servicios que nos ofrecen: desde las oficinas, hasta las aulas y los pasillos limpios.

El caso es que todos soñamos algo que tiene que ver con nuestra vida diaria.

Si todos estos sueños se hicieran realidad; si a todos nosotros se nos cumplieran ¿en qué país estaríamos viviendo? ¿Qué país tendríamos? Ahora, en estos días, vivimos el país que otros soñaron. Esos otros que nos robaron los sueños, como diría el profesor Alfredo Gutiérrez, hicieron suyos nuestros sueños y los transformaron para beneficio propio.

Creo que ahora nos toca rescatar esos sueños, que un primer paso es reconocer el esfuerzo de los demás por hacerlos realidad, aunque sea en una pequeña parte, lo cual facilitaría una convivencia diferente para todos, porque cada uno estaríamos viéndonos y reconociéndonos en los sueños de aquel que pasa a nuestro lado, ya sea profesor, compañero de aula o secretaria. Nos daríamos cuenta, por ejemplo, que tenemos más cosas comunes que diferencias con aquella mujer

que limpia los pasillos por los que caminamos todos los días. Reconoceríamos su trabajo, y al hacerlo la respetaríamos más como persona, de la misma manera que ella reconoce y se ve en nuestro esfuerzo por hacer real lo que soñamos.

Pero ¡cuidado! Lo que trato de decir es que no todos soñamos con lo mismo. Hay quien sueña en ser rico y poderoso. Esto no es criticable por sí mismo, hasta que nos damos cuenta del costo que supone alcanzar esa meta.

En México hay quienes pasan el día y la noche soñando con hacerle la vida difícil a muchos que sueñan con trabajar, ganar lo suficiente para cubrir las necesidades más apremiantes y pasar el día con tranquilidad. Lo peor es que a los primeros les pagan por soñar en estas aberraciones, mientras a los otros les mal pagan y les roban la tranquilidad.

Aquí entran los sueños de los que participamos en una universidad como la Iberoamericana: los sueños por la paz. Sin entrar en los caminos de las interpretaciones de la psicología, los forjamos a partir de la experiencia, en el entorno en el que crecemos: la familia, el barrio, los amigos, los compañeros de estudio. Aprendemos a soñar desde la vida y medio ambiente que nos ha tocado vivir.

Y como parte de ese entorno nos encontramos aquí en la Ibero y con su sueño de educar *hombres y mujeres capaces para los demás*; que apuesta a su formación de mujeres y hombres creativos, críticos, propositivos, abiertos a lo ilimitado, preocupados por la justicia y la equidad para todos.

Esto es algo que aprendí en los brillantes y resbalosos pasillos de Churubusco; en las aulas sin ventanas, siempre ventiladas; en los jardines y las cafeterías. Ahí supe la importancia de la memoria histórica, de reconocer en el pasado mi presente, para seguir soñando en un futuro de luz y armonía para ese entorno en el cual desarrollo mis esfuerzos, sin importar la geografía, el color de la piel o la lengua de quienes me rodean.

La Ibero, tengo que reconocerlo, me enseñó a soñar en el futuro. Por eso digo que en la Ibero se nos abre la posibilidad de que aprendamos a soñar en un futuro distinto, donde encontremos cada vez más soñadores compartiendo sueños semejantes o parecidos, en ocasiones iguales. Entre todos ellos, el más importante en este momento: el de

la paz. Pero una paz referida a algo que está más allá de la negación de la guerra. Y que nada tiene que ver con la paz de los sepulcros.

El sueño se realiza en el esfuerzo de todos los días, se convierte en cotidiano cuando buscamos alcanzar metas. Éstas generalmente son personales, pero también las hay colectivas, y es aquí donde nos encontramos con los otros, con aquellos que tienen sueños que de alguna manera coinciden con los nuestros.

Los ejemplos a veces ilustran, otras confunden más. Sin embargo trataré de usar uno, a ver qué pasa: si un administrador de empresas sueña con ganar dinero y al mismo tiempo quiere ser justo con los trabajadores, indiscutiblemente se encontrará con varios trabajadores que quieren lo mismo para cada uno de ellos, entonces trabajarán de común acuerdo, haciendo esfuerzos por alcanzar el sueño común, más allá de los contratos. ¿Es esto posible? En las aulas de la Ibero aprendí que sí, definitivamente.

Pero también aprendí que soñar con otros, compartir sueños y esfuerzos, conlleva dificultades y riesgos que pueden implicar, llevado a los extremos, dar muerte a la paz y vida a la guerra. Porque lo que para unos es soñar, para otros resulta una pesadilla.

Hoy millones de mexicanos sueñan con encontrar un trabajo remunerado, prestaciones, días de descanso y convivencia familiar; con tener asistencia médica y medicinas; un techo digno; un trato humano, como personas. Sin embargo sus sueños se tornan pesadillas cuando son reemplazados por una tecnología que les quita el puesto y los lanza al caudal interminable de los desempleados.

Algunos miles de ciudadanos sueñan en cambiar su auto de lujo cada año; adquirir una camioneta familiar; comprar una nueva casa en el bosque y tomar vacaciones dos o tres veces al año en alguna playa de moda. Pero también su sueño se está convirtiendo en pesadilla: la indigencia en las calles y en los semáforos no los deja tranquilos; los asaltos y secuestros se multiplican, y con ellos los gastos de una seguridad cada día más precaria.

Varios tuvieron sus sueños de riqueza y poder puestos en elementos estratégicos como el uranio, el petróleo y la electricidad que se encuentran en Chiapas; algunos otros en el Ferrocarril Transoceánico Coatzacoalcos-Salina Cruz, que cruzará el estado de Chiapas, ese viejo sueño de británicos y franceses de finales del siglo pasado, que

coincidió con los sueños de grandeza del general Porfirio Díaz. Seguramente ahora los sueños de todos ellos se han convertido en pesadilla con la guerra de Chiapas.

Otros soñaban despiertos y dormidos con los millones producidos por los negocios de la banca, y ahora con el Fobaproa sienten el riesgo de verse en medio de una pesadilla. Mucho depende de cómo se resuelvan las discusiones entre los partidos políticos en el Congreso, y cómo nos responda a todos los mexicanos el Ejecutivo. ¿Pagarán los responsables los malos manejos que hicieron de nuestros ahorros, o seremos obligados a mantener fortunas de dudoso origen?

Quiero creer que ninguno o muy pocos de estos señores pasaron por las aulas de la Iberoamericana, institución que seguramente no está exenta de contar entre sus alumnos a hombres de hoja de lata, sin corazón, que buscan vivir para sí mismos y el dinero; con el cerebro y la sensibilidad recubiertos por una coraza a prueba de diamante.

Así, nos encontramos con distintos Méxicos que sueñan, o con un México soñado de muchas maneras. Cambiando la perspectiva, tenemos varios Méxicos soñando pesadillas, o un México de pesadilla. Cada quien sabrá cómo lo ve y lo sueña, según su optimismo o su pesimismo.

Hay quienes vivimos con la esperanza de que las cosas van a cambiar para mejorar. Esto tratamos de enseñar en la Ibero. Pero también enseñamos que buscar que los sueños sean realizables conlleva compromisos, y con éstos se corren riesgos. El compromiso es compartir y trabajar con otros lo común que nos une y nos mueve. Entre los riesgos está el encontrarnos con otros que tienen sus propios sueños, divergentes y hasta opuestos a los nuestros, lo que generalmente provoca conflicto, aunque no necesariamente.

Hablar de la paz en estos momentos en México y en una universidad privada como la nuestra a muchos les puede resultar contradictorio con la realidad que vive el país. Unos dicen que el cambio radical de abrirse a los mercados internacionales, después de tantos años de haber permanecido cerrados y participar ahora en la globalización de igual a igual con el primer mundo, es un sueño que se está haciendo realidad; que se está trabajando en ello y que el conflicto que se genera por el encuentro entre soñadores divergentes es el precio que hay que pagar para ser modernos, sin importar qué tan alto pueda llegar

a ser. Llegan a afirmar que la función de la universidad, privada o pública, es formar profesionistas aptos para enfrentar los retos de la construcción de un mundo sin fronteras, uniforme, que tenga y comparta el mismo y único sueño: ganar dinero, tener dinero y todo lo que éste pueda comprar.

Hay otros que sueñan con la paz en México, pero con una paz que va más allá de la guerra, entendida como el enfrentamiento entre opuestos con las armas en la mano. Porque la muerte se encuentra no sólo en las balas. También está ahí donde se encuentra el hambre, la falta de salud o de un empleo. Males cada día más generalizados en nuestro país. Chiapas, Guerrero, Oaxaca y Puebla son algunos ejemplos vivos de estos sueños y pesadillas de que he venido hablando.

La Universidad Iberoamericana no sólo nos enseña a soñar. Nos propone nuevas formas de hacerlo y nos da herramientas para construir y alcanzar algún día una realidad distinta que hoy soñamos. Quiero creer que la mayoría de los que aquí nos reunimos tratamos de buscar, de enseñar y de aprender nuevas alternativas de soñar con la mente y los ojos abiertos, las manos dispuestas y el corazón puesto en una esperanza posible: alcanzar la paz justa e incluyente para todos los mexicanos, sin importar raza, color de piel, lenguaje, sexo, tipo de trabajo o grado escolar.

Esta universidad quiere contribuir desde la docencia, la investigación y la difusión que le son propias a la formación de hombres y mujeres soñadores, capaces de compartir con otros la responsabilidad y los riesgos que implican el reto de alcanzarla.

Aquí se nos propone un sueño para ser compartido no sólo hacia dentro de los muros, sino hacia fuera, con todos aquellos que también lo tienen pero no pueden traerlo a las aulas.

Aceptarlo es una decisión que compete a cada uno de nosotros. Decisión que por sí misma conlleva el compromiso de asumir la responsabilidad y los riesgos de construir un mundo mejor.

El reto ha sido tomado en serio por generaciones de ex iberos y por muchos de los actuales alumnos, profesores, directivos, personal administrativo y de apoyo. Ahí están los jóvenes constructores de la paz, apoyando a los indígenas chiapanecos; ahí están los cinturones permanentes por la paz en Chiapas, donde participan compañeros de otros planteles; ahí están los jóvenes de la ONU, consiguiendo y lle-

vando alimentos a los damnificados por el huracán Paulina; ahí están nuestros jóvenes haciendo acopio para las víctimas de las inundaciones; ahí están las denuncias y los pronunciamientos en defensa de los derechos humanos, avalados con cientos de firmas, cuando se cometen abusos de poder, como la privación de la libertad y muerte de miembros de la Compañía de Jesús, o el asesinato de niños, mujeres y hombres indefensos, como ocurrió en Acteal y Taniperlas. Éstos son solamente unos ejemplos.

Estoy de acuerdo con Gorostiaga cuando dice que:

se necesita una cultura de la armonía y de la tolerancia que integra la diversidad del mundo y la ciudadanía global. Las inevitables explosiones creadas por la intolerancia y la opresión (Chiapas, Somalia, Chechenia, Bosnia, Ruanda...) no hacen más que reafirmar la necesidad de una cultura de participación, de tolerancia y de respeto a la diversidad compartida.

Frente a la homogeneización global desde arriba y para los de arriba, los proyectos alternativos buscan la diversidad cultural endógena, con identidad y autonomía complementarias, capaz de crear el equilibrio y la armonía que la biodiversidad de la naturaleza logra en el medio ambiente.

Las diversas experiencias alternativas de desarrollo buscan superar la politización y el economicismo del pasado y pretenden incorporar a los sujetos que respondan al mundo del trabajo, de la naturaleza, del género, de la cultura y de la nueva generación —niños y adolescentes. A los sujetos del futuro.¹

Sujetos con el sueño de un futuro que *hoy* se tiene que comenzar a construir, como obra cotidiana del hombre: como ser que actúa conscientemente desde su historia personal y social, desde su localidad, su nación y desde la única casa que tiene, este planeta llamado Tierra. Sujetos de *ese* futuro que hoy se forman en nuestra universidad y de los cuales, de alguna manera y hasta cierto punto, somos responsables como sus guías académicos. ¿Qué soñamos y hacia dónde les proponemos un mañana que será de ellos? Y al mismo tiempo, ¿qué les estamos legando como sujetos actores de este presente?

Toda universidad se compromete con el hombre y su futuro como institución de educación y de formación de las generaciones de pro-

¹ Gorostiaga, Xavier, "Ciudadanos del planeta y del siglo XXI", Revista *Envío*, UCA, Managua, Nicaragua, marzo de 1995.

fesionales que tendrán al menos una parte de este mundo en sus manos. Mayor compromiso tenemos en una universidad como la Ibero, cuando en su lema se sintetiza su ideario: “*formar hombres y mujeres capaces para los demás*”.

Este sueño hecho proyecto y compromiso sólo lo veo posible con la participación de todos los que aquí laboramos. Pero en especial con una planta de profesores e investigadores que se dedique al análisis profundo de la realidad en la que se circunscriben cada uno de ellos y la propia universidad; es decir, a partir de la realidad que cada uno de nosotros vive como personas, como miembros de una institución universitaria. Como guías todos de sujetos que aceptan nuestra propuesta y sueñan en ser constructores de un futuro de justicia y equidad.

Es necesario “tirar los muros” que nos alejan y aíslan del otro, o que nos inducen a verlo como parte funcional para el enriquecimiento personal, sin importarnos cuál es y ha sido su propia historia personal, como miembro de un grupo del cual también nosotros somos parte.

Con la anterior reflexión, me atrevo a proponer algunas preguntas que, según creo, pueden guiar nuestros sueños y orientar nuestro quehacer universitario. Se trata de relacionar estas preguntas con ese otro que se encuentra extramuros, que también sueña y quien hasta ahora sólo ha sido objeto de conocimiento y no considerado sujeto de transformación.

¿Qué queremos legar a las futuras generaciones? ¿Qué podemos hacer hoy *con* y *para* ellas? ¿Con quién debemos trabajar para alcanzar esa meta? ¿Cómo hacerlo? ¿Cómo, desde el aula, podemos motivar a los alumnos a que piensen más allá de la riqueza que ofrece un sistema que reduce el número de ricos, pero que hace a éstos cada vez más ricos, y que en oposición incrementa el número de pobres, haciéndolos cada vez más pobres? ¿Cómo hacer conciencia en el aula y fuera de ella de que la riqueza se privatiza, mientras que la pobreza se socializa en un mundo como el que vivimos hoy? ¿Cómo lograr la comprensión alrededor de que este presente es la consecuencia de un proceso histórico de la humanidad; y que de no comenzar hoy a hacer algo para cambiar ese proceso estamos contribuyendo a acelerar el holocausto del planeta que nos acoge? En fin, ¿cómo iniciar desde la Universidad un nuevo proyecto de sociedad, un nuevo pro-

ceso de cambio que contribuya al renacimiento de un mundo más humano, más solidario, más equitativo; de un mundo que se reconozca y se respete en sus diferencias culturales, y que por ellas y debido a ellas la riqueza se produzca en beneficio de todos?

Otra vez recorro a Gorostiaga, compartiendo con él cuando propone una respuesta como posibilidad:

la actividad central de la universidad debe darse en el campo de la generación de análisis y tecnologías aplicadas, adecuadas y comprometidas con los sujetos económicos y sociales mayoritarios. Y esto desde todos los campos.

Le toca a la universidad ser una plataforma catalizadora de conocimiento para nuevas propuestas que incluyan los intereses de los empresarios, de la pequeña producción campesina-artesanal y de los pobres de la ciudad y del campo, en un proceso de acumulación del conocimiento desde abajo y desde adentro de la propia realidad nacional.²

Para terminar, sólo quiero recordar unas frases cortas de dos hombres que asumieron la responsabilidad y los riesgos de tratar de hacer que los sueños que compartían con sus pueblos llegasen a ser una realidad. A principios del siglo XX Augusto Sandino dijo que la paz no se conquista con flores, sino a balazos. Años antes, en las postrimerías del siglo XIX, José Martí escribió una carta donde afirmaba que había llegado la hora de cambiar la pluma por el fusil.

Eran otros tiempos, otro contexto mundial y otros países.

En el umbral de cambio de siglo yo quisiera que nuestros esfuerzos se dirijan a evitar para México, por todos los medios posibles, darle razón a esas frases.

Es preferible, desde cualquier ángulo que se mire, el sueño que la Ibero le propone a la sociedad: la construcción de un México plural e incluyente, donde se respeten las diferencias; un México libre de ataduras, crítico y propositivo, abierto a lo ilimitado. Un sueño que ve a México participando en el concierto de las naciones, con una distribución más equitativa de los beneficios y de la riqueza. Un México donde los sueños se comparten y se respetan las diferencias.

² Gorostiaga, Xavier, "La universidad: preparando el siglo XXI", *Magistralis*, núm. 8, enero-junio de 1995, Universidad Iberoamericana Golfo Centro, Puebla, México.

La Universidad nos propone un sueño y crea las condiciones para formar y formarnos, buscando llegar a ser esos *hombres y mujeres capaces para y con los demás*.

En las manos y en el corazón de todos y cada uno de nosotros está la posibilidad de aceptar el sueño y sumarse a la construcción de la paz con justicia y dignidad que hoy reclaman millones de mexicanos: los más desfavorecidos, los que menos tienen.

Otoño de 1998